

HOMOEROTICA : HOMEEROTICA (I)

Andrés Ortiz-Osés

Me gusta esta palabra cargada de maná, totémica y tabú : me gusta su tacto corrosivo de roles prefijados : masculino/femenino, hombre y mujer, homosexual/heterosexual. Me gusta su irisado simbolismo, las posibilidades de conjugación greco-latina, su aroma a rebote y rebotica : de farmacia, digo, y aún no de medicina, de psicología y no de psiquiatría, de tuberculosis simbólica y de mal sublimado.

Homoerótica puede comenzar significando, en efecto, la difusa erótica humana (homo-erótica), pero, por adjunción, la equilibrada difusión dinámica de la energía física humanizada o psíquica (homo/homeo-erótica). Mas si esta palabra cromática y abierta se hace provenir íntegramente del grigo clásico, entonces connota aquella afección asimismo difusa o liminal que se encuentra en el límite confusor de lo masculino y lo femenino. Homeerótica entonces no dice fijación o detención sexual, sino afección "confusa" y desfijada por un aire, aura o nimbo androgínico, ambiguo, angélico y lucíferino simul.

La homoerótica recupera así su referencia hominal o al hombre como homo, sea masculino o femenino, hombre o mujer (porque hay, obviamente, una homoerótica del hombre y de la mujer) ; de nuevo la compresencia del latino (homo) junto al griego.

Homoerótico es por ello todo hombre (varón o mujer) que viene a este mundo de los "humanes" (2) y le gustan indiferentemente; estarían radicalmente descartados de querencia otras especies si en la propia composición de la palabra su elemento radical -homo- no hiciera también referencia al humus de su proveniencia terrácea o telúrica (ctónica). De nuevo el protocarácter homoerótico de una afección sin límites fijos, fronteras estáticas o barreras aduaneras : ahora ni tan siquiera humanas. El

concepto se acaba emparentando así con el de maná como virtud coimplicativa de "participación mística" o "simpatía universal" de los vivientes y aún invivientes (*sympatheia ton holon*).

Y, sin embargo, homoerótico tiene una connotación moralista y un tufo de culpa y pena canónicas: la sociedad ha consignado como tales a individuos de dudosa catadura psicomoral y, a veces, de sensibilidad considerada enfermiza. Hoy estos vocablos nos hacen acaso sonreír, si bien aún no reír, pero convendría recordar que por el adjetivo en cuestión fueron amortajados numerosos afectos. Así que habrá que confrontarse a culpa y pena: pues no se da desculpabilidad auténtica sino asumiendo la culpabilidad del cargo. Mas, ¿en qué podría radicar su culpa propia?

Sin duda en diluir barreras y límites fijados para su normalización por una norma fijadora: la homoerótica específica, ya lo dijimos, desfija y deslimita el Nomos-Ley en nombre de un "amor" que no tiene nombre sustantivo o sustancia sino adjetivo o color. Por otra parte, la homoerótica en su sentido más amplio pertenece al reino de lo mítico, lo imaginario y confusor, o sea, a un estadio pre-lógico o poslógico (paralógico), considerado como precultural o poscivilizado (como si nuestra cultura mítica y la razón imaginaria): homoerótica así entendido es un afecto/afección no sólo por lo semejante sino por lo igual, o sea, un amor finalmente propio, narcisista o autoerótico. Es el amor a lo propio y ajeno como a-propiado narcisíticamente, un amor descorchado, oceánico y cuasi incestuoso de tipo amalgamado (cfr. ad hoc la lectura psicoanalítica de Freud y socios).

Así que ahora acaba de verse claro porque la homoerótica resulta punible: por su desfijación ilímite y su desmesura, inflación o *hybris*. Un caso límite o liminal: borderline; un caso-límite y, por tanto, a limitar.

Y, sin embargo, la historia del hombre sobre la tierra es inconcebible sin la autoasunción homoerótica de la energía libidinal: como la entrevió el propio Freud, la cohesión o coligación psíquica de nuestra sociedad se basa en una investigación homoerótica.

Toda la vida humana emerge homoeróticamente -distensionalmente-, y encuentra su identidad psicosocial a través del principio materno o paterno de un modo "homoerótico" (resolución del Edipo por identidad con el progenitor del propio sexo). A este respecto, la oscilación homeoerótica/homoerótica aparecería más vivamente en todos los grandes creadores, por cuanto obtienen una identidad más amplia o "distendida" por asunción del principio opuesto dialécticamente.

La homoerótica aparece entonces como una sublimación de la propia autoerótica ampliada a través de un lenguaje medial que implica o introyecta el Otro/Otra (el otro polo) de un modo androgínico. La homoerótica sería así una ampliación de la libido y un anrcisismo ampliado: toda creación crea desde un contexto andrgínico. Si nos cargamos la mediación simbólica (imaginaria) entre yo y no yo, o masculino y femenino, nos encerramos en cápsulas solipsistas cuyo único cometido será una hipotética procreación enajenada (reino de la necesidad), pero no aquella recreación libre de la vida a la que denominamos "cultura".

Toda auténtica creación tiene que ver menos con la procreación física que con la recreación metafísica: frente al dualismo clásico de aquella, en ésta se concibe por intersuscepción dualéctica. La mujer física se hace aquí principio metafísico (ánima) de fecundación espiritual: abolición de la separación y transgresión de los límites físicos: cohabitación metafórica en el propio sí-mismo (integración): véase mi "Jung".

La homoerótica es ahora la estela de todo creador embarazado de sentido. Inculpabilizarlo es malentender una realidad profunda desde una realidad cósmica: el ser desde lo ente. Es interpretar lo masculino desde el varón y lo femenino desde la mujer: pero hay un espacio mutuo, mutual y mutuativo, un lenguaje intermedio, un ángel mediador. Acaso por ello todo creador ofrece rasgos homoeróticos y androgínicos inevitables, sea en sí, sea en su obra: Buda, Sócrates, Jesús, S.Agustín, Leonardo, Miguel Angel, Goethe, Thomas Mann, O.Wilde, Hölderlin, Nietzsche, Rilke, Jung, G.Durnad, J.Hillmann, G.Lorca, Lawrence, Rof Carballo, Oteiza, E.Trías. La lista sería interminable.

Junto a Gilgamesh, el epos arcaico nos presenta la sombra de su amigo Enkidu; y junto a David, la Biblia proyecta la figura de su amado Jonathan. Resulta inconcebible Sócrates sin Alcibiades, y Jesús sin Juan, pero tampoco Alejandro sin Hefestio, Aquiles sin Patrolo o Adriano sin Antinoo. Safo cumple idéntico gesto cultural: la posesión de un alma androgínica y su creadora proyección cultural. Se trata, en efecto, de la encarnación psíquica de un eros metafísico sustraído a la procreación física y canalizado a la recreación simbólica. De aquí el auténtico carácter evanescente, no-fijado y abierto de tal proclividad transeúnte, tal y como se refleja en la huidiza sombra-espejo del amigo de un alma adolescente y femenina que vive en latencia creadora (3).

Cuando esta homoerótica transeúnte se hace intransitiva, y la libido se fija o estanca como en el objeto de un sujeto, la paideia socrática se esfuma. En realidad, el amor socrático no puede decir su nombre porque no tiene nombre sustantivo: homoerótico es un adjetivo que ementa la expansión de la

propia ambigua libido originariamente bisexual, así como la proyección del ánimo complementaria a cuyo través la soledad creadora se hace grávida. Su reflejo en un rostro es transeúnte, porque representa la "mediación angélica" que no puede solidificarse o reificarse so pena de revertir lo liminal y abierto (el ángel) en encierro y límite (demoníaco). Lo que equivale a confesar que aquí no vale el puro amor sexual, como se sabe de antiguo, mas la mistad enamorada: paideia, eros cultural-creador, sublimación creativa de la procreación. Pues sólo el amor de la especie es específico o físico; este otro es un amor metafísico imaginal o arquetípico, mediado por el arquetipo del ánimo. Se trata de un amor mediado y mediador: un amor deletéreo, medio sin remedio, ángel.

Apenas si aún nos entendemos a nosotros mismos. Por lo que al tema hace, sinteticemos finalmente: el Creador desposaría el Alma del mundo, reanimando o recreando en esta relación masculino-femenina una realidad desanimada o desalmada.

Mientras que el increativo héroe cultural vigente afirma la "animosidad" propia del animus competitivo, el antihéroe cultural creativo asume y proyecta un ánimo que inspira e incuba matrialcalfemeninamente su profunda a-filiación con eros -de donde su curiosidad y sutil penetración intuitiva de nexos, gérmenes y junciones. Por eso el creador, alma germinal, ama lo que germian: todo orgaismo germinal es androgínico (A.Portmann). Su a-filiación al eros cosmogónico y su visión "filial" del Cosmos le contacta así con lo innúmeros compañeros de la Diosa Madre y su Hijo Paredro: númenes alados, dáctilos, kuretes, coribantes, demonios, ángeles, efesos. Toda progresión creadora, en efecto, procede de una regresión: todo eros auténtico va en busca del alma (ánima), mas el alma es el ámbito de la fantasía que reconduce las cosas a su condición primigenia (de nuevo la latencia). La condición primera de las cosas es andrógina: pero también será andrógina nuestra última condición: la muerte.

He aquí que el alma visitada por el eros creador es alma de vida (germinal) porque es alma de muerte (desdiferenciación, indistinción, caos).

Así pues, la homoerótica como homeoerótica inicial y final: pues que se trata de dar cabida o albergar en nuestro ánimo (eros) el alma femenina de las cosas (ánima): así autofecundado, el creador fecunda anímicamente, culturalmente, iniciando en la religión de la Magna Mater. Curiosamente dicha religión arcaica coincide hoy plenamente con la Psicología Arquetipal, al propugnar la superación de la misoginia psicocultural y su desvalorización de la propia feminidad reprimida. Se trataría, como dice J.Hillmann en "El mito del análisis", de "hacer alma" o rehacer el ánimo sojuzgada por el

masculinismo hiperfalicista. Pero la respuesta no está en "invertir" el patriarcado en un afeminamiento o en resucitar un feminismo amazónico de tipo viriloide, sino en la implicación o mediación, en la revalorización de la androginia y la bisexualidad psíquica, así como en la fundación de un espacio abierto homeerótico en el que la propia homoerótica encuentre su adecuada articulación creadora y no su burda represión fasciofálica o senil. Por el bien del (sapiens).

Junto al feminismo de la fémina, afirmo el feménismo de lo femenino asumido por el hombre. Me declaro, pues, feménista.

NOTAS

1. Respectivamente, erótica de lo igual, (homós), o parecido, (homoios).
2. Humanes coimplica hombres y mujeres en la jerga de Mosterin.
3. La latencia es la etapa psicoanalítica de la adolescencia, de signo interminado o indeterminado (aún no definido).

